

Esa emoción difícil de definir que sintió Stendhal en el siglo XIX al conocer la capilla de la Santa Croce en Florencia, se reprodujo en Malena en el siglo XXI cuando bajó la pasarela y se enfrentó al gigante.

La blancura y la inmensidad del glaciar le oprimieron el pecho, sintió taquicardia y experimentó una tremenda sensación de pequeñez.

Yo estaba a su lado, fascinada. Cuando la miré con complicidad, la noté pálida y seria. Entonces la abracé y sentí su cuerpo pequeño y trémulo.

Le pregunté si le gustaba lo que estaba viendo.

-Demasiado. Me contestó en voz baja y con las manos entrelazadas sobre su cabeza.

Vi de reojo como dos lágrimas bajaban lentas por su carita, tan perfecta como el paisaje.